# Ortega y el progresismo liberal en Alemania entre las dos guerras mundiales

*Francisco Sánchez-Blanco*

La recepción de José Ortega y Gasset en Alemania es un capítulo importante y esclarecedor para la historia de la hispanística en este país ya que, gracias a sus escritos, se transmite una imagen más moderna de España que influirá también en las líneas de investigación y en las categorías estéticas que determinan la evolución de los estudios hispanos.

La introducción de los escritos orteguianos en Alemania coincide con la situación política y cultural de descomposición y tensión social que caracteriza los últimos años de la República de Weimar y prepara la toma del poder por Adolfo Hitler. De ahí que se haya formulado la sospecha de que el pensamiento de Ortega tuviera puntos de contacto con la mentalidad nazi. Concretamente, el francés Alain Guy, reflejando una tendencia muy difundida en la década de los setenta, parece suponer que en aquellos años todos los autores que escribieron o se leyeron en Alemania pueden ser etiquetados como conformes con la ideología dominante (Otto Knapp, Karl Vossler, Gustav Kipper, etc.), y sitúa la recepción de Ortega entre los oficiales que vigilaban los campos de concentración [1]. Pero no se han aportado pruebas para demostrar que fue manipulado por la propaganda del régimen y que su figura pudo utilizarse a favor de la ideología nazi.

Si renunciamos a partir del supuesto de una Alemania uniforme y crédula a las palabras de Hitler o Goebbels, se podrá descubrir la existencia de planteamientos culturales que procuran establecer, más o menos tímidamente, un contraste y una resistencia frente al nacionalismo y al ideal de sociedad propuestos por los nazis.

La presentación de Ortega al público literario alemán tiene lugar antes de la toma del poder por Hitler, pero cuando ya la República de Weimar muestra claros síntomas de debilidad a causa del enfrentamiento de las clases sociales y de las ideologías que las mueven, y corre a cargo del catedrático de filología románica Ernst Robert Curtius, una figura importante en el panorama intelectual alemán más allá de los límites estrictos de su especialidad. El entiende la romanística no como el estudio de culturas nacionales (francesa, italiana, española, etc.), sino como una ciencia cuyo objeto es esencialmente supranacional porque la vida espiritual y literaria de estos países ha tenido siempre elementos comunes desde sus mismos orígenes.

En cuanto romanista, Curtius no se limitaba a estudiar una civilización o una lengua, sino que reflexionaba sobre una cultura por encima de las fronteras que delimitan las modernas naciones, sin negar por ello lo específico de cada unidad lingüística e histórica. A él le interesa menos lo exclusivo y definitorio de la personalidad de una nación que el fondo común y las múltiples relaciones que unen la literatura de Francia con la de Italia o la de España. Comprender la producción artísti-

[1] Cf. Guy, Alain, «Ortega y Gasset et la pensée germanique», *Iberorromania* 2 (1970) 197-215.



Centro Virtual Cervantes

ca de estos países en una clave puramente nacional le parece algo inadecuado. La Romania es una categoría necesaria para investigar y profundizar en la vida intelectual tanto de Portugal como de Francia.

Al mismo tiempo que a Curtius el objeto propio de la filología románica le inclina a una visión de la cultura diferente de la influida por los nacionalismos del siglo XIX, también la vida cultural de esos países le ayuda a encontrar el tipo de científico e intelectual comprometido con la realidad política del momento —algo bastante raro dentro de la tradición de la ciencia académica alemana— en la que predomina la actitud de vivir en un mundo de ideas diferente y separado de las pasiones y de los intereses que caracterizan la lucha por el poder. Curtius, además de desarrollar la ciencia de las literaturas comparadas, es un ejemplo también del profesor que desea salir de la torre de marfil de la ciencia académica para adquirir responsabilidad sobre el medio cultural y moral del país con los instrumentos propios del escritor y hombre de letras al margen de los partidos políticos.

La introducción de Ortega en Alemania se refiere, primeramente, a su figura y a su función en la sociedad más que a sus escritos. En el mes de diciembre de 1924, publica Curtius un artículo en la revista literaria «Die Neue Rundschau», que lleva por título «Spanische Perspektiven», y en el que retrata a Ortega como el fundador de la «Revista de Occidente», un hombre abierto y capaz de hablar con conocimiento lo mismo de los últimos descubrimientos científicos como de las diversas literaturas nacionales. Su virtud no es el ser especialista, sino, por el contrario, su polifacetismo, su curiosidad, la aptitud para enfrentarse a los problemas desde las perspectivas de ciencias diversas, y el arte de presentar cuestiones filosóficas sin la rigidez y falta de fantasía del tratado científico.

En este mismo artículo Curtius resume las tesis principales de *España invertebrada* y *El tema de nuestro tiempo.* Los males que Ortega diagnostica sobre la decadencia de España y su estado de postración actual describen también, en opinión de Curtius, la situación presente de la democracia en Alemania. En ambos casos, nos hallaríamos ante un país proclive a la desintegración por causa de los egoísmos y particularismos de las etnias o de las clases sociales, y amenazado constantemente por la violencia que emana de la fe en la acción directa de los grupos que quieren imponer, sin más, sus intereses e ideologías al resto de la sociedad. Una sociedad que a consecuencia de una igualdad mal digerida no reconoce ni acepta modelos de vida superiores.

Curtius se lamenta de que en Alemania no haya análisis sociológico-intelectuales al modo del que Ortega ofrece para España, pero cree que, si se prescinde del diferente desarrollo histórico, existe un paralelismo bastante acentuado entre la situación cultural de España y Alemania. En este país adolecen igualmente de pobreza de imaginación al favorecer el triunfo de motivos nacionalistas, productos de la más baja filosofía. La solución al problema la ve Curtius también en fomentar una élite del espíritu como se describe en *El tema de nuestro tiempo,* es decir, en crear una cultura que admite la pluralidad de perspectivas, de la que es incapaz el pensamiento nacionalista o el fanatismo y violencia que caracteriza a los grupos que tienen por único principio la acción directa.

Cuando se habla de élite se tiene presente, ante todo, un contenido cultural y una forma de convivencia. Esto es válido tanto para Ortega como para Curtius. Y la lectura que se pudo hacer de esta especie de aristocratismo difícilmente podía confundirse con una apología de las aristocracias feudales o de las posteriores financieras bien conocidas por el exclusivismo y fatuidad de sus círculos. Cuando ellos hablan de un nivel superior piensan en la cualidad de saber captar la realidad desde



BOLETÍN AEPE Nº 31. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. Ortega y el progresismo liberal en Alemania ...
Centro Virtual Cervantes

diversos puntos de vista y de ser al mismo tiempo conscientes del relativismo que lleva consigo toda perspectiva. Admitir la pluralidad de perspectivas, practicar la tolerancia política y nutrirse de una cultura cosmopolita es distanciarse y elevarse sobre las masas uniformadas por cualquier ideología simplista, especialmente por el nacionalismo. Se debe tomar conciencia de que la verdad, además de ser relativa, tiene una dimensión temporal. Tiene que ser adecuada a las necesidades concretas de una existencia y de una generación de hombres. Curtius deduce del análisis que Ortega hace de la crisis española y de las democracias occidentales la responsabilidad que recae sobre las élites para dar un giro a la historia. Pero su forma de acción tiene que ser distinta: deben ser capaces de mover las voluntades de sus contemporáneos por medio de la palabra y la expresión artística.

La traducción alemana de la obra orteguiana acentuará posteriormente este carácter misionero, más propio de Curtius, sustituyendo la palabra tema por la de tarea. La creación de la cultura como tarea de las élites es lo que principalmente interesa al profesor alemán, y con ello presta el marco decisivo para la lectura de Ortega en Alemania. Gracias a la mediación de Curtius, la diagnosis de los males de la sociedad española puede entenderse como una descripción de la crisis cultural que afecta a la República de Weimar, y, gracias también a Curtius, los remedios que propone Ortega para España son incorporados a la discusión que tiene lugar sobre el propio país y, por tanto, deja de ser un personaje exótico y extraño para convertirse a los ojos de los alemanes en un *insider.*

Los primeros escritos de Ortega que se traducen al alemán aparecen en forma de artículos bajo epígrafes muy llamativos para el lector alemán: «Kosmopolitismus» («Die neue Rundschau», 1926) y «Neue Symptome unserer Zeit» («Europäische Revue», 1926). Es decir, se trata de capítulos sueltos de *El tema de nuestro tiempo* que al ser desgajados de su contexto original tienen una lectura más genérica y aplicable a las circunstancias alemanas. En ambos caos Ortega se refiere a unos ideales culturales del pasado que ya no son válidos, entre los que se cuentan conceptos como razón, democracia y justicia social, esto es, los principios enarbolados y traicionados por la burguesía triunfante en el siglo XIX. La crisis de ideales sólo se puede superar creando valores nuevos, y la intuición artística forma la vanguardia del futuro.

El Ortega que se da a conocer en Alemania por iniciativa de Curtius entra a formar parte del grupo de intelectuales inconformistas que promueven y justifican el arte de vanguardia como respuesta a una conciencia de fin de siglo. Por eso no debe extrañar que sus colaboraciones aparezcan junto a las de Thomas Mann o Hermann Hesse.

Las exposiciones de Ortega concuerdan con el juicio que les merece la sociedad presente. El nacionalismo cultural, la democracia burguesa y el realismo en el arte son los principios caducos que han de ser superados por la vanguardia artística de los años veinte. Paradójicamente, el fascismo también justifica su nacimiento por una reacción contra la crisis de la cultura. La ambigüedad de la situación se refleja en la «Europäische Revue», la cual permite leer a Ortega junto a otros teóricos de la política contemporánea, entre los que no faltan los fascistas italianos y los conservadores católicos.

En 1928 se cuenta ya en lengua alemana con un tomo, publicado en Zurich, en que se incluyen *El tema de nuestro tiempo, La deshumanización del arte, Ideas sobre la novela* y *Las Atlántidas,* y que va precedido de una introducción de Ernst Robert Curtius presentando de nuevo a Ortega como un defensor del perspectivismo cultural. Si tenemos en cuenta que esta selección de escritos aparece aislada de las restantes obras de Ortega que se conocen en España, se entiende por qué su figura en el ám-



BOLETÍN AEPE Nº 31. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. Ortega y el progresismo liberal en Alemania ...
Centro Virtual Cervantes

bito cultural alemán pierde una serie de connotaciones propias de su incidencia en la situación española, para convertirse exclusivamente en el filósofo de la cultura y en el crítico de arte partidario de las corrientes de vanguardia.

Ciertamente, la mediación de Curtius sirve para introducir a Ortega en los medios de la crítica de arte e indirectamente, en las discusiones en torno a una nueva pedagogía humanista, pero su influencia habría quedado reducida a los círculos universitarios si la obra de Ortega no hubiera entrado a formar parte de un proyecto más ambicioso del editor G. Kilpper, que no se verá interrumpido por la dictadura de Hitler, y que tenía como fin desarrollar un programa de publicaciones en favor de ideales cosmopolitas e individualistas contra el creciente predominio del gusto realista pequeño-burgués que imprime también carácter a las manifestaciones políticas del hombre-masa. Es un programa que quiere contrarrestar las tendencias totalitarias y colectivistas en alza ya durante la década de los treinta, oponiendo un ideal elitista y aristocrático que quiere influir sobre la sociedad a través de la fascinación que puedan ejercer sobre la masa nuevas vanguardias artísticas que hayan abjurado el realismo y nacionalismo tradicional, y que conciban el arte para el futuro como experimento, creación o simple juego intelectual, lo cual, claro está, sólo puede ser producido, al principio, por minorías que, con el tiempo, transformen poco a poco el gusto del gran público.

Dado este punto de partida de la recepción de Ortega en Alemania, es necesario explicar cómo fue posible que los escritos de Ortega continuaran apareciendo y no fueran prohibidos por la censura nazi, la cual perseguía no sólo cualquier tipo de oposición política, sino también toda expresión artística «degenerada» y no conforme con los cánones realistas y edificantes. El editor Kilpper, y más concretamente la revista «Europäische Revue», goza de una cierta protección en los círculos próximos al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, preocupado por ofrecer en el extranjero una imagen más liberal del régimen de Hitler. En esta revista se dan cita autores de diferente filiación política.

Entre los españoles, junto a Ortega y Gregorio Marañón, están también los nombres de Ernesto Giménez Caballero, Ramón Serrano Súñer y Antonio Marichalar; y entre los extranjeros, Charles du Bos y Nicolai Berdjajew. Asimismo, colaboran asiduamente dos figuras decisivas de la posterior transición a la democracia: Carlo Schmidt, principal inspirador de la Constitución actual alemana, y Theodor Heuss, primer presidente de la República Federal. En general, se puede decir que predomina en la revista un pensamiento católico conservador que, aunque a veces apunta críticas a la violencia, intolerancia y teoría racial propias del fascismo, siempre lo hace buscando una posible concordia sobre la base de una posible humanización del sistema.

Este tono conciliador y la constelación de personalidades nos da idea de las condiciones y de la ambigüedad en que se mueve el pensamiento liberal en la Alemania nazi. Así se puede hablar de una oposición relativa al nacionalismo político y al realismo estético, los cuales son considerados manifestaciones de la cultura empobrecida de las masas, es decir, de la barbarie moderna puesto que se opina que es un último brote de las masas que desde el siglo pasado quieren hacerse con el poder. En este sentido la nueva élite de vanguardia no puede sentir entusiasmo ni vivir en connivencia con el nazismo.

Del mismo modo, la conciencia de que la crisis de la sociedad ha llegado a una situación límite, al fin de una época, excluye la solución nacionalista que se orienta unilateralmente hacia valores del pasado y de la tradición. Por otro lado, la mayoría de los intelectuales de entre los dos Guerras Mundiales, no estima en mucho el aná-



BOLETÍN AEPE Nº 31. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. Ortega y el progresismo liberal en Alemania ...
Centro Virtual Cervantes

lisis económico marxista y prefiere fijarse, sobre todo, en los aspectos psicológicos e ideológicos que comporta el estado de descomposición social. El vocabulario de Marx es utilizado para la lucha política y sindical de la clase obrera y apenas es tenido en cuenta por la «inteligencia» y la vanguardia artística de los años treinta. El progresismo liberal burgués se agrupa en torno a posiciones filosóficas afines a las de Ortega y Gasset. Un estudio que aclare la repercusión para la historia de Alemania de aquellos círculos burgueses en el arte y la política está aún por hacer, debido a que siguen configurando la realidad del país en la actualidad y, todavía, no es propiamente historia.

Aunque posteriormente se calificará de idealista el planteamiento de Curtius o de Ortega, hay que tener en cuenta que en aquellos años el materialismo dialéctico no ha penetrado todavía en el campo de las humanidades y, por tanto, no es todavía una filosofía que ofrezca una explicación de los fenómenos más específicamente espirituales. Además, el marxismo no puede resultar atractivo para los inconformistas de fin de siglo porque su utopía de una colectivización total impide criticar convincentemente el totalitarismo fascista, y así se explica que los intelectuales tiendan más a posiciones estéticas o a soluciones pedagógicas inspiradas en el individualismo humanista.

Sin embargo, el clima político creado por la política de Hitler y por la misma Guerra Civil española deja huellas en los planteamientos y valoraciones generales de la hispanística. Que la figura de Ortega no podía ser grata a los ambientes más conservadores durante la dictadura de Hitler, sobre todo, a partir del enfrentamiento brutal de las dos Españas, se pone de manifiesto en las objeciones que algunos profesores universitarios hacen contra Ortega. Los romanistas alemanes son plenamente conscientes de que en la controversia ideológica subyacente a la Guerra Civil, a la lucha sangrienta entre nacionalistas y republicanos, Ortega no puede identificarse de ninguna manera con el pensamiento católico-conservador que inspira la propaganda franquista. Esto se percibe en Alemania y se alzan voces que censuran a Ortega su distanciamiento de la tradición nacional, en la que era evidente que el pueblo, la colectividad, se movía por sentimientos esencialmente católicos. Las nuevas corrientes modernistas y cosmopolitas en España supondrían según ello un alejamiento del alma popular. A causa de las implicaciones políticas de la valoración del carácter nacional, Werner Beinhauer [2], un filólogo de la nueva generación, muestra sus preferencias por la teoría histórica de Ramón Menéndez Pidal, que en lugar de las minorías innovadoras resalta la continuidad espiritual y la labor creadora del pueblo anónimo que imprime a la cultura española su carácter popular, religioso y jerárquico. El europeísmo y liberalismo que propone Ortega significaría el polo opuesto a los valores nacionales encarnados ahora en el alzamiento de Franco. La toma de partido por uno de estos grandes intérpretes de la historia y la cultura española sobrepasa de alguna manera las puras razones filológicas y, al mismo tiempo, confiere a la hispanística ciertas notas que la hacen más o menos conformes con una ideología política.

Inclinarse por la tesis de Orterga o por la de Menéndez Pidal tuvo en Alemania connotaciones claramente políticas ya en los tiempos de Hitler, y hoy día se vuelve a repetir esta oposición entre la interpretación liberal y marxista de la historia de

[2] Cf. *Der spanische Nationalcharakter,* Paderborn 1937. Poco después de la aparición de éste, el jesuita Hubert Becher publica un artículo («Stern und Unstern über Spanien», en: *Stimmen der Zeit* 134 (1938) 265-267), en el que Ortega es criticado por su actitud displicente hacia los valores que conformaron la vida del pueblo español desde los tiempos de la Contrarreforma y que ahora vuelven a manifestarse en la España nacional.



BOLETÍN AEPE Nº 31. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. Ortega y el progresismo liberal en Alemania ...
Centro Virtual Cervantes

España por los romanistas de Alemania Oriental. La masa significa para éstos el pueblo que crea la historia y el arte y no las multitudes caóticas y violentas que suponía Ortega y por eso se oponen a una interpretación de la historia pasada y presente que ponga la esperanza en la vitalidad de las élites [3].

Tenemos, pues, que comenzó a articularse en Alemania una hispanística más conservadora que no podía aceptar el republicanismo y el antitradicionalismo orteguiano, y que ya no tenía nada que ver con el vanguardismo de Curtius o el idealismo filológico de Karl Vossler. Ciertamente la imagen de España que ella transmite tiene también precedentes en la tradición filológica romántica de August Wilhelm von Schlegel. Pero la línea iniciada por Curtius al dar a conocer a Ortega pervive en los continuadores de la traducción de la obra orteguiana Fritz Schalk y Harri Maier.

Para hacerse una idea más completa de la influencia de Ortega en Alemania hay que tener en cuenta la discusión de sus ideas sobre la historia más allá de la hispanística. Aunque sus teorías han sido desarrolladas a partir de una reflexión sobre la realidad española, las categorías que él utiliza son aplicables a otras historias nacionales e incluso sirven para comprender mejor la evolución histórica desde sus bases materiales. Se puede decir que ideas nacidas de la hispanística trascienden el estrecho marco de la especialidad para convertirse del dominio público. A partir de 1929 también se detecta una recepción de las ideas de Ortega en otras ramas de la ciencia. Un antropólogo de la Universidad de Hamburgo, Walter Scheidt [4], cree encontrar en el concepto orteguiano de generación la posibilidad de comprender biológica y sociológicamente el componente histórico de la acumulación temporal y local de los descubrimientos científicos. A pesar de que nos hallamos ante un intento de exponer desde la biología los fenómenos de la historia de la cultura, se trata de una teoría totalmente opuesta al racismo. Para Scheidt la generación significa renunciar a la genética, sólo apta para explicar la herencia biológica a nivel individual, sin por ello cerrarse a una contemplación biológica del fenómeno. A él no le interesa proponer un método de selección de genes, como intentarían después los nazis, para fabricar las élites del futuro, sino describir la herencia orgánica y la experiencia social que una generación humana transmite a la siguiente para que ésta pueda sobrevivir en un medio físico y en unas circunstancias históricas.

La crítica a la que Ortega somete los valores de la cultura de los siglos XVIII y XIX lleva también a descubrir la ilegitimidad de una enseñanza subordinada a los principios de técnica, de la razón mecánica y de los valores sociales reconocidos por la burguesía y las masas dominantes. Por eso, los intentos de promover nuevas corrientes pedagógicas en Alemania en la década de los treinta buscan en Ortega un aliado. De 1934 data un artículo de C. Engler-Faye, aparecido en «Goetheanum» [5], órgano del movimiento antroposófico, en el que se recoge la interpretación orteguiana de Goethe para confirmar el propio programa de reforma humanista de la educación.

En un contexto bastante diferente, el influyente pedagogo alemán Peter Petersen, autor del llamado «Plan de Jena» para la nueva orientación de la educación popular, dirige la tesis doctoral del chileno Humberto Díaz Casanueva [6] en la que la filosofía vitalista de Ortega se presenta como una reflexión preliminar sobre el conte-

---

[3] Cf. *Lebensgesetze der Kultur. Biologische Betrachtungen zum «Problem der Generationen» in der Geistesgeschichte.* Berlín, 1929.

[5] «José Ortega y Gasset», en: *Goetheanum* (Dornach) 1934, pp. 91-93.

[6] *Das Bild vom Menschen bei Ortega y Gasset und seine Beziehung zur Erziehungswissenschaft,* Leipzig, 1937. Se publicó sólo un capítulo de la tesis.



BOLETÍN AEPE Nº 31. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. Ortega y el progresismo liberal en Alemania ...
Centro Virtual Cervantes

nido y la finalidad que debe tener la enseñanza básica antes de pasar al aprendizaje y aplicación de técnicas concretas. Se trata, en primer lugar, de romper con el canon cultural que refleja los ideales burgueses porque no responde a las necesidades vitales del receptor proletario, y, en segundo lugar, habla de la necesidad de desarrollar los correspondientes valores y contenidos de la enseñanza que necesita la gran masa del pueblo. Petersen sostiene que hay que relativizar el ideal cultural nacido en el contexto del gusto burgués y adoptar un «realismo pedagógico» que se guíe por la máxima de que la enseñanza tiene que estar al servicio de dotar al individuo con medios suficientes para sobrevivir en una circunstancia y tomar, con respecto a ella, las decisiones convenientes. No estamos ante una didáctica de la liberación social, porque acentúa demasiado el principio de adaptación a los condicionamientos sociales dados, pero tampoco tiene nada que ver con el aristocratismo que siempre se ha achacado a la recepción de Ortega.

De lo visto hasta ahora se puede deducir que había poco espacio para una lectura nazi de *La rebelión de las masas.* Existía ya una recepción bien afirmada en los medios universitarios y artísticos que impedía una manipulación ideológica de sus escritos a favor del régimen de Hitler. Pero sí es verdad que en los años siguientes sus obras no fueron quemadas ni retiradas de las librerías. Según testimonio de Curtius [7] la censura se contentó con suprimir algunos pasajes, sin impedir que su obra se continuara publicando en la revista cultural de mayor tirada en aquellos años: «Das Reich». Algunos comentarios, incluso, publicados por esta misma revista, advertían que no se podía de ninguna manera identificar el filósofo español con la ideología fascista. En una breve nota, Heinz Barth [8] refiere que Ortega no goza de buena prensa en España después de la victoria de Franco debido a su republicanismo. Barth llama la atención sobre el carácter de periodismo político que tienen los escritos orteguianos, y define a su autor como un representante de los intelectuales modernos que se oponen a los sistemas totalitarios.

En una publicación menos oficiosa, en la que se articulan opiniones de un partido conservador en la oposición (Demokratische Partei), se imprime un artículo de Anna Klapheck-Strümpell [9] que, a primera vista, parece provenir de la retórica nazi, porque califica a Ortega como caudillo espiritual, pero la ironía es manifiesta, porque en la introducción se precisa que Ortega fue uno de los instauradores de la república combatida por Franco y que siempre fue un luchador contra la mediocridad, la violencia y la mojigatería propias de la llamada «cultura nacional». En cuanto al tema específico de la mujer, queda desde el primer momento bien claro que la autora rechaza la militarización de la mujer promovida por las organizaciones femeninas nacional-sindicalistas, puesto que, siguiendo el pensamiento de Ortega, concibe la función de la mujer como una forma de establecer y afirmar lazos de paz y de humanizar así las costumbres.

Esto es un ejemplo más de cómo la imagen de la cultura española a través de Ortega y gracias a él pierde los rasgos conservadores que acompañaban el interés por el estudio de la mentalidad del Siglo de Oro. Lo español no es objeto de una curiosidad arqueológica o de una nostalgia religiosa, sino que forma parte de las discusiones en torno a los problemas de actualidad asociándose con ello a posiciones progresistas.

Resumiendo, se puede afirmar que la recepción de Ortega en Alemania en esta primera etapa desarrolla la imagen de una personalidad filosófica que describe los

[7] Cf. «Alemania y el pensamiento actual», en: *Cuadernos Hispanoamericanos,* 28 (1952) 3-20.
[8] Cf. «Ortega, der Spanier und Europäer», en: *Das Reich,* Berlín, 1944, N. 6, p. 9.
[9] «Der geistige Führer des neuen Spanien über die Frau», en: *Die Frau,* Berlín, 1939, pp. 350-354.



BOLETÍN AEPE Nº 31. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. Ortega y el progresismo liberal en Alemania ...
Centro Virtual Cervantes

males que afectan a la sociedad y a la cultura moderna, y que cree que las soluciones no se pueden hallar en la tradición, sino en la creación de formas nuevas. Ortega es el crítico inconformista ante los sistemas políticos y, por tanto, aceptado por los que rechazan el régimen. Lo mismo goza simpatías entre las vanguardias artísticas que entre políticos conservadores conscientes de la barbarie nazi. Su crítica al totalitarismo y su identificación con el programa educativo de individualismo humanista propuesto por Curtius harán que Ortega no sólo sea recuperable para la cultura alemana después de la victoria aliada, sino que se convierta en una de las figuras clave de la reconstrucción espiritual de Alemania después de la II Guerra Mundial [10].

[10] Sobre la significación de Ortega en la Alemania de la posguerra, cf. SÁNCHEZ-BLANCO, Francisco, «José Ortega y Gasset: Philosph des Wiederaufbaus?», en: *Das Argument,* Sonderband 116: *Nachkriegsliteratur in Westdeutschland,* Bd. 2, Berlín, 1983.



BOLETÍN AEPE Nº 31. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO. Ortega y el progresismo liberal en Alemania ...
Centro Virtual Cervantes